

LA SOLEDAD DE LA VIRGEN [298]

2026

Meditación (día 46)

Queridos ejercitantes, San Ignacio, si bien no trae en el libro de los EE una meditación propia sobre la soledad de María, habla en el número [298] sobre la «Madre Dolorosa» y da la libertad como para hacer esta meditación.

Lo que vamos a intentar hacer aquí es contemplar el Corazón Inmaculado de la Virgen Santísima, traspasado de dolor.

Así como en la meditación anterior de la crucifixión nos metimos en el corazón abierto de Cristo, ahora el corazón de la Virgen también se abre a nosotros, para que nos metamos en este corazón inmaculado y lo contemplemos. Un corazón colmado de soledad, sufriente, quebrantado. Ahí nos metemos para contemplar.

Cuando una mujer pierde a su marido la llamamos viuda; cuando un hijo pierde a sus padres lo llamamos huérfano; pero cuando una madre pierde a su hijo..., es un dolor que no tiene nombre.

Y en el caso de María Santísima, como es único, porque perdió al mismo tiempo a su Hijo Dios, la Santa Iglesia le puso a este dolor el nombre de la Soledad y suele proponernos para contemplar, para reflexionar sobre esta soledad durante toda la tarde-noche del viernes santo, el sábado o hasta la noche del sábado santo, del sábado de la Lluvia.

Quizás hemos escuchado alguna vez este hermoso himno a la Virgen Dolorosa, que tomo la letra para que empecemos a adentrar en el Corazón de la Virgen, puede ser usado incluso como si fuese una especie de oración para que nos ayude a la Virgen a entrar en su corazón, a contemplarlo y a acompañarle en su soledad:

*¡Ay! Madre de los Dolores,
la de los ojos mojados,
déjame secar tu llanto
confesando mis pecados.*

*¡Ay! Virgen de los Dolores,
perdona mis desvaríos,
ojos de paloma herida
dale alegría a los míos.*

*Dulce Madre Dolorida
que estás junto a la cruz
donde está sufriendo el Señor;
mi alma pobre en Ti confía,*

Señora ruega a Jesús que yo sepa darle mi amor.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Composición de lugar:

En esta meditación, podemos imaginarnos delante de la Virgen Madre con su Hijo Jesús muerto en sus brazos, ahí en el calvario cuando lo descenden de la cruz. Este hijo exánime el que es la Vida sin vida, muerto.

Puede ayudarnos el imaginar la *Pietà* de Michelángelo, por ejemplo.

Petición:

Aprender de María, el modelo más acabado de imitación de Cristo en su sufrimiento.

PUNTOS

Lo que vamos a intentar hacer aquí es ver la Pasión desde los ojos de María. Ella es, como lo dice Juan Pablo II en *Rosarium Virginis Mariae*, modelo de contemplación:

La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún. Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos. Cuando por fin lo da a luz en Belén, sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «*envolvió en pañales y le acostó en un pesebre*» (Lc 2, 27).

Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él. Será a veces una mirada interrogadora, como en el episodio de su extravío en el templo: «*Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?*» (Lc 2, 48); será en todo caso una mirada penetrante, capaz de leer en lo íntimo de Jesús, hasta percibir sus sentimientos escondidos y presentir sus decisiones, como en Caná (Cfr. Jn 2, 5); otras veces será una mirada dolorida, sobre todo bajo la cruz, donde todavía será, en cierto sentido, la mirada de la ‘parturienta’, ya que María no se limitará a compartir la Pasión y la Muerte del Unigénito, sino que acogerá al nuevo hijo en el discípulo predilecto confiado a Ella (Cfr. Jn 19, 26-27); en la mañana de Pascua será una mirada radiante por la alegría de la Resurrección y, por fin, una mirada ardorosa por la efusión del Espíritu en el día de Pentecostés (Cfr. Hch 1, 14).¹ (san Juan Pablo II)

Para la Virgen, el espectáculo de la Pasión de su Hijo tuvo un volumen de dolor que no podemos concebir ni podríamos soportar. Poco antes de morir su Hijo, ha escuchado de sus labios aquellas terribles palabras: «*Mujer, he ahí a tu hijo*». Su hijo ahora es Juan. Pero sólo

¹ JUAN PABLO II, *Rosarium Virginis Mariae*, n.10.

Ella sabe todo lo que eso quiere decir: no sólo que Jesús en la Cruz proclama solemnemente su maternidad espiritual (que comenzó en el mismo momento de la Encarnación), sino que en ese momento supremo del dolor, Jesús renuncia a todo, enfrenta el sufrimiento en perfecta soledad, sin el soporte humano de su Madre, para experimentar inmediatamente después, la misma soledad respecto del Padre: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» (Mc 15, 34).

La Virgen percibe este hondo matiz y comprende la hondura del dolor y de la voluntariedad del dolor de su Hijo, y como coopera en la obra de la redención, también a ella la embarga, como dolor propio, la soledad.

Tratamos aquí del punto culminante de la compasión de Nuestra Señora y su participación máxima en la Pasión, en lo que ésta tiene de más amargo, de más penoso, de más específico: el participar de la soledad de Cristo. En esos momentos son dos los corazones solos, no una soledad compartida, sino dos soledades que se nutren mutuamente. La soledad posterior, aquella que sobrevendrá cuando hayan sepultado el cuerpo del Hijo, será mucho menor, mucho menos amarga.

Por eso, la soledad de María comienza ya en la Última Cena, que ella seguiría seguramente, aunque no sabemos desde dónde. Observando la soledad del Hijo: la incomprensión, el abandono, la traición:

-Felipe, ¿hace tanto que estoy con vosotros, y todavía no me conocéis?...

-Uno de vosotros me traicionará...

-Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres...

-¿No habéis podido velar una hora conmigo?...

-Os aseguro que no conozco a ese hombre... cuando en el Palacio de Caifás, Pedro niega al Señor. ¿Cómo habrá escuchado eso la Virgen?

Esa soledad de Jesucristo; esa conciencia de estar afrontando la Pasión, la hora del dolor, solo, sin compañía, sin apoyo; es más: incomprendido, mirando con extrañeza, como algo raro, desubicado, fuera de lugar... Ese ha sido uno de los dolores más fuertes de Cristo: Él se daba, sufría, agonizaba, sangraba, moría... por aquellos que no daban a estos actos ninguna importancia. Éste fue también el dolor de su Madre, que aunque miraba de lejos, caló hondamente este sufrimiento del corazón de Cristo.

Escuchemos al P. Luis de la Palma, SJ, como hermosamente narra la despedida de estos dos corazones amantes y tan solitarios, después de la Cena Pascual del Jueves Santo, antes de que Jesús fuese apresado.

Jesús se despide de su Madre²

La Virgen María no ignoraba la causa por la que el Hijo de Dios se había hecho hombre en sus entrañas. Sabía que era para redimir a los hombres y que, por ello, sufriría un cruel tormento,

² LUIS DE LA PALMA, *La Pasión del Señor* <https://verbo.vozcatolica.com/wp-content/uploads/2023/04/La-Pasion-del-Senor-de-La-Palma.pdf>

y derramaría su sangre, y moriría en la cruz. Lo sabía por lo que había leído y meditado en la Sagrada Escritura, aun antes de que su Hijo se encarnara; lo sabía también por la profecía del viejo Simeón, cuando ella y José presentaron a Jesús en el Templo. Y además lo supo gracias a las frecuentes conversaciones que tendría con su Hijo sobre este tema. porque si el Señor anunció tantas veces su muerte a los discípulos, mucho más avisaría a su Madre. En aquellas largas conversaciones, a solas con ella, le explicaría la Escritura, y así le mostraría mejor la conveniencia de que Cristo padeciese antes de entrar en su gloria. Si el Salvador advirtió varias veces a sus discípulos, ¿cuánto más y mejor lo haría a su Madre, para consolarse y descansar en ella? Los discípulos no entendían este misterio (**Lc 17, 14**), y el Señor no encontraba consuelo al hablar con ellos. [...] Ella [La Virgen] entendía profundamente este misterio, lo aceptaba con plena conformidad, lo sentía con toda su ternura, y ofrecía su dolor llena de fe, porque su corazón es semejante y muy unido y casi uno con el de su Hijo.

Se despertaba en la Virgen un grande y cada vez más ardiente amor. Con la luz del Espíritu Santo conocía bien la Majestad de Dios y la maldad de los hombres, la amargura del dolor que por ellos padecería. *‘Consideraba estas cosas en su corazón’* y advertía la grandeza del amor de Dios y el inmenso beneficio que hacía a todos los hombres. A este conocimiento correspondía ella en su humildad con un profundo agradecimiento a Dios, con un encendido amor por los hombres, a quienes *‘Dios tanto había amado, que les entregaba a su Hijo’*. Ella también, estimulada por la generosidad divina, deseaba emplearse toda entera en la salvación de los pecadores.

[...] Estaba la Virgen María advertida, había meditado continuamente en la Pasión de su Hijo, por eso vino a Jerusalén, porque sabía que aquella era la noche en que iba a ser entregado a la muerte. Entró, con las otras mujeres que de ordinario acompañaban a Jesús, en la misma casa donde su Hijo iba a celebrar la Pascua. Aunque en otra habitación, iba enterándose de lo que el Salvador hacía, decía y mandaba. Preparó la cena, como tantas otras veces lo había hecho... Supo cómo su Hijo les daba a comer su Cuerpo y a beber su Sangre, y para que durase hasta el fin del mundo. Más que ninguna otra persona advirtió la hondura de este misterio, y supo valorar la inmensidad de este beneficio, y agradecer este consuelo que le daba en la ausencia de su Hijo, y esta compañía en su soledad... más que nadie, porque nadie como ella estaba herida de amor, e iluminada con la luz del Espíritu. Oiría la larga despedida con que su Hijo se separaba de los apóstoles, y esperaba el final de aquella enamorada despedida.

El Señor se puso en pie con firme resolución; los apóstoles le imitaron; juntos, dieron gracias a Dios, y cantaron lo que tenían por costumbre después de la cena. *‘Cantando el himno’* (**Mt 26, 30**), salieron...

Al ver la Virgen a su Hijo en pie, se retira para esperar a solas el último abrazo, la última despedida que tanto esfuerzo le había de costar. Le vio aparecer con la tranquilidad y el sosiego de siempre, la cara encendida por la larga conversación después de la cena, pero más por la conmoción que sentía dentro. Delante de ella, con el amor que este Hijo sentía por esta Madre, le diría:

‘Madre, no vengo a decirte nada que no sepas ya; vengo a despedirme para... lo que ya sabes. Me he consolado hablando muchas veces de eso contigo. Da gracias a Dios, Madre, porque te ha cabido en suerte tener un Hijo que va a morir por la Justicia, pero la Justicia de Dios por salvar a los hombres y hacerlos hijos suyos. Anímate, Madre, que el fruto es grande; todo pasará pronto; en seguida volveré a verte, y ya inmortal y lleno de gloria. Al hacer esto cumplo el mandato de mi Padre, y hago su Voluntad. Me iré más consolado si tú te quedas un poco más consolada también. Tengo prisa, Madre; dame tu bendición..., y abrázame.’

Con palabras muy tiernas, el P. La Palma nos hace contemplar esta escena,

Las lágrimas corrían por las mejillas de la Virgen. El corazón se le partía de dolor por el constante esfuerzo por obedecer y amar lo que Dios disponía. Y era grande su amor, pues pudo ofrecer al Hijo, a quien tanto quería; por la gloria de Dios, y por la salvación de los hombres.

Pensemos en todas las veces en que, en nuestras vidas, nos cuesta el aceptar la voluntad de Dios. ¿Cuántas veces nos hemos puesto en manifiesta oposición a lo que Dios quiere para nosotros? Y la Virgen, ¿qué nos enseña? A obedecer, aunque se nos desgarran las entrañas. Es una obediencia permeada por el Amor. Lo que le dolía era reflejo del amor que tenía por su Dios, por cumplir la voluntad Divina.

La Virgen quizá respondiera:

‘Hijo mío, que sea tu Padre quien te dé la bendición desde el cielo. Yo soy la esclava del Señor, que se cumpla en mí su Voluntad.’

El Salvador lloró; se enterneció y lloró de ver llorar a su Madre. Mudos los dos, hablándose ya sólo con el sentimiento, se echaron en brazos el uno del otro y, en silencio, se separaron luego. Ella le siguió con los ojos hasta perderle de vista.

La Soledad de María es todo ese cúmulo de dolores que van agolpándose en su corazón a cada paso de la Pasión de su Hijo: es una cosa que se va acumulando, se va sobreponiendo uno sobre el otro, cada uno más intenso que el otro, más doloroso, más agudo.

Imaginemos cómo habrá sido para ella la vista del *Ecce Homo*; su hijo, tan llagado, desecho, hecho un gusano, como dijo Isaías.

Cómo habrá escuchado la voz de la chusma, de su pueblo (su propia raza, su propia sangre, sus hermanos...) pidiendo la muerte de su Hijo..., el Hijo de Dios. Ella sabía que era inocente.

Contemplemos el encuentro de la Virgen con su Divino Hijo camino al Calvario, que contemplamos siempre cuando rezamos el Vía Crucis.

San Juan de Ávila exclama: «¡Oh, bendito seas, Señor, que así desconsolaste hoy a esta bendita Virgen! No hay en la tierra ya quien la consuele; no hay quien enjugue sus lágrimas; no hay quien dé fin a sus lamentaciones; no hay quien acompañe su soledad. ¿Quién agotará tu dolor? No hay ya consuelo para ti».

El consuelo de María era el mismo Jesucristo. El remedio de María era Jesucristo. La alegría de María era Jesucristo: «Él sólo te era todas las cosas; con sólo Él estabas Señora contenta, y ninguna cosa echabas de menos; teniendo a Él, ninguna cosa te faltaba; faltándote Él todo tu bien has perdido; no lo cambiaras por cielos y tierra». Decía también San Juan de Ávila.

Cómo la Virgen Santísima contempla, sufre con cada paso de su Divino Hijo camino al Calvario, sus caídas... Cómo habrá calado hondo en su alma los martillazos clavándole al Divino Cordero en el patíbulo. La agudeza de los golpes no se compara en nada con la agudeza del dolor que iba destrozando el corazón de la Virgen. Ella sufre al compás de Jesucristo; su corazón está sincronizado con el de su Hijo... sincronizado en esta sintonía

profundísima que tiene su raíz en la unión que tuvo el Hijo de Dios con la naturaleza humana en el seno de la Virgen, naturaleza humana que tomó de la Virgen.

Y así fue todo el camino hasta el monte Calvario; así fue toda la atroz crucifixión (con la Virgen ahí delante, mirando cada detalle y sintiendo en sí misma cada dolor de su Hijo).

¿Qué os parece que sentiría de ver romper así cruelmente aquella carne virginal, salida de sus entrañas?³ **(Benedicto XVI)**

Con razón San Bernardo llama a María «mártir en el alma».

En verdad, Madre Santa, una espada traspasó tu alma. Por lo demás, esta espada no hubiera penetrado en la carne de tu Hijo sin atravesar tu alma. En efecto, después que aquel Jesús -que es de todos, pero que es tuyo de un modo especialísimo- hubo expirado, la cruel espada que abrió su costado, sin perdonarlo aun después de muerto, cuando ya no podía hacerle mal alguno, no llegó a tocar su alma, pero sí atravesó la tuya. Porque el alma de Jesús ya no estaba allí, en cambio la tuya no podía ser arrancada de aquel lugar. por tanto, la punzada del dolor atravesó tu alma, y, por esto, con toda razón, te llamamos más que mártir, ya que tus sentimientos de compasión superaron las sensaciones del dolor corporal. (...) No os admiréis, hermanos, de que María sea llamada mártir en el alma.

Y en otro lugar, en un sermón⁴ que predica sobre la Asunción de la Virgen, pero hablando también de ese dolor:

(...) Pero quizá alguien dirá: “¿Es que María no sabía que su Hijo había de morir?” Sí, y con toda certeza. “¿Es que no sabía que había de resucitar al cabo de muy poco tiempo?” Sí, y con toda seguridad. “¿Y, a pesar de ello, sufría por el Crucificado?” Sí, y con toda vehemencia. Y si no, ¿qué clase de hombre eres tú, hermano, o de dónde te viene esta sabiduría, que te extrañas más de la compasión de María que de la Pasión del Hijo de María? Éste murió en su cuerpo, ¿y ella no pudo morir en su corazón? Aquélla fue una muerte motivada por un amor superior al que pueda tener cualquier otro hombre;

Quizás por eso va a ser muy difícil que nosotros lo comprendamos...

esta otra tuvo por motivo un amor que, después de aquél, no tiene semejante. **(San Bernardo)**

Contemplar el dolor de la Virgen recibiendo su Hijo amado, el mismo que en otro momento, en Belén, lo había recibido gozoso, lleno de alegría. Ahora lo recibe exánime, sin vida... Otrora lo había recibido gozosamente lleno de vida, a la Vida misma, hecha carne, ahora recibe a esta carne muerta sin vida. Todo su cuerpo era una llaga, como profetizaba Isaías en el canto del Siervo Sufriente.

Cómo le arrebatan, con todo cuidado y compasión que podrían tener, al cuerpo de su Divino Hijo para unirlo, porque tenían que apresurarse, prepararlo para la sepultura, porque ya era tarde del viernes. Otra vez más ve la Virgen a su Hijo siendo arrebatado de sus brazos.

Cómo lo acompañaría, con qué lágrimas... Cuánto dolor...

³ BENEDICTO XVI, *Angelus*, Domingo 17/09/2006.

⁴ SAN BERNARDO, *Sermón en el Domingo infraoctava de la Asunción*.

Acompañemos a la Virgen en este momento, pidámosle el permiso de adentrar en su habitación cuando regresa ella a su casa y empieza a repasar todos estos hechos en su memoria, en su corazón. Este Corazón destrozado de ésta, que es nuestra Madre Dolorosa.

Contemplemos... Acompañemos... Consolemos...

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Para concluir, tratemos de hablarle a la Virgen. Hagamos un coloquio con las palabras y afectos que nos vengan al corazón. Intentar consolar.

Hay una hermosa oración escrita por el Beato Miguel Agustín Pro, sacerdote mártir de la Cristiada. La escribió el 13 de noviembre de 1927, el mismo día que comenzó a subir al calvario de su martirio:

Déjame pasar la vida a tu lado, Madre Mía, acompañado de tu soledad amarga y tu dolor profundo. Déjame sentir en mi alma el triste llanto de tus ojos y el desamparo de tu corazón.

No quiero en el camino de mi vida saborear las alegrías de Belén, adorando en tus brazos virginales al niño Dios; no quiero gozar en la casita humilde de Nazaret de la amable presencia de Jesucristo; no quiero acompañarte en tu Asunción gloriosa entre los coros de Ángeles...

Quiero en mi vida, las burlas y las mofas del Calvario, quiero la agonía lenta de tu Hijo, el desprecio, la ignominia, la infamia de la cruz; quiero estar a tu lado, Virgen dolorosísima, de pie, fortaleciendo mi espíritu con tus lágrimas, consumando mi sacrificio con tu martirio, sosteniendo mi corazón con tu soledad, amando a mi Dios y tu Dios con la inmolación de mi ser.

María al pie de la Cruz, ruega por nosotros a tu Hijo amado.

Terminar con una Ave María.

+ *Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...*